

FITO.2

I

Tropiezo con Domingo en Las Canteras.

“Joder, tío, vas de guiri total, no te había conocido”, me dice con su voz profunda al hacerle un gesto con la mano y detenerme junto a él.

Fin de semana, Paseo de Las Canteras. Tras unos minutos hablando de sus próximos discos la conversación gira hacia Fito. La espiral interminable, el gran tubo de la ola, Fito, continúa sin buscarlo.

Resulta que Domingo estuvo en el Concierto Homenaje que se le hizo en el Terrero del López Socas tras su muerte. En aquel evento en el que participaron un montón de grupos se rifaba una guitarra entre los asistentes. Bien, ¿a que no os lo podéis creer? Domingo Alemán ganó aquella guitarra. Fue su primera guitarra. Una Ibáñez acústica. Guitarra que sigue utilizando en la actualidad. ¿Casualidad?

Ese fue el inicio del regreso al mundo de Fito. Un hecho realmente significativo para mí. Una relación que yo creía imposible por la diferencia de edad, pero la sinapsis estaba ahí. Los músicos, los colegas, me empezaban de nuevo a hablar de sus conexiones con Fito. Algunos incluso me hablaban de lo parcial de mi anterior relato; los menos, aseguraban que personajes como Fito habían existido muchos.

Dicen que segundas partes nunca fueron buenas, pero a lo mejor ni

siquiera la primera lo fue. Así que decidí indagar un poco más, desde otros puntos de vista. La conexión central vino de nuevo gracias a Ari: el padre de uno de sus alumnos había sido el batería de Los Flinstones. Santiago Ramos es su nombre.

II

Pero vayamos hacia atrás unos días. Antes de hablar con Santiago me cité con Jose Hernández Castellano para hablar un poco de los setenta y de los ochenta. Jose recuerda, en su Venezuela natal, haber comprado su primer LP, un disco recopilatorio que editaba una discoteca caraqueña. Era el año 67 ó 68, y con sus doce años de entonces entresaca el tema *Grooving* de los Young Rascals.

Como en tantos casos, el hermano mayor hacía las veces de gurú, de guía en ese viaje de descubrimientos en plena época psicodélica. “Mi hermano Richard escuchaba Radio Luxemburgo, en onda corta” (eran aquellos años en los que el rock se emitía desde emisoras situadas en barcos, en alta mar, fuera de aguas jurisdiccionales, en tierra de nadie. ¿Alucinante, eh?). “En las emisoras nacionales estaba *El vuelo 605* de Ángel Álvarez y un programa con la sintonía del *Magical Mistery Tour*” (se refiere a *Musicolandia*, del Mariscal Romero).

Su hermano Richard será el organizador del Concierto Homenaje a Fito. Richard militó en Origen, una banda seminal en Las Palmas de Gran Canaria. Luego pasarían a llamarse Brennda, con mínimos cambios pero ampliando el número de composiciones propias frente al predominio anterior de las versiones. La ciudad tenía sus ventajas con aquello del turismo y el puerto franco: “Descubrí una tienda, Disco Visión, en la que compré el single de los Stones *Honky Tonk Woman*, con aquella estupenda cara B *-You can't always get what you want-*, un día después de su publicación en Inglaterra”.

“Con quince o dieciséis años me colaba en la disco Saxo de la capital y allí escuché por primera vez a Led Zeppelin o Rory Gallagher. El club de Los Salesianos fue un punto de encuentro en el año 70, pero tres son los lugares clave que empiezan a programar conciertos: el teatro cine Avellaneda -actualmente teatro Guinguada-; el desaparecido cine Guanarteme, y luego la sala de Escaleritas, El Tagor o Tagoror -no recuerdo-. Allí vi sesiones muy interesantes. El primer grupo que yo recuerdo haber visto allí, además de

Los Canarios, fue un grupo que había sacado un EP, Los Cosmos, donde estaba Javier de Oliveira (y Manolo Benítez). Luego vino el descubrimiento, a través de la tele, de un grupo de Moya: The Stu and Drak, muy avanzados y progresivos para su época, anteriores a bandas como Smash o Máquina. También en esos primeros setenta estaba una banda de San Cristóbal, Peppermint Group, que incluso giraron por Europa, por los países nórdicos. Recuerdo su regreso a Canarias, celebrado con un concierto espectacular en el cine Avellaneda. Empezaron con una versión de *Paranoid*, de Black Sabbath; hicieron algo de Cream, *Spoonful* (W.Dyxon)... Eran un trío con un directo impresionante. Creo que sobre todo hacían versiones. Luego surgió Guaca, banda que tenía su sede en el barrio de Guanarteme, haciendo sus conciertos más populares en el cine del mismo nombre. Eran matinales dominicales, a partir de las doce, y tenían una audiencia importante. Estamos en el 71-72 con audiencia de 200 ó 300 personas”.

Jose se centra en uno de esos locales: “Pero el Tagor era especial, porque se reunía gente que le daba un ambiente distinguido. Eran sitios de libertad, donde por primera vez se podían consumir algunas sustancias ilegales sin esconderse demasiado. En esos primeros años 70 llegó el LSD a Las Palmas. Eran sesiones de música improvisada, versiones de Hendrix, Cream... Recuerdo haber visto tocar allí a Fito”. Recuerda que Fito hacía sobre todo temas de Hendrix como *Woodo Chile* o *Foxy Lady*. “Era la época en que se compraba chocolate, doble cero. Te fumabas dos canutos o tres pipas antes de entrar a un concierto e ibas a disfrutarlo. Los conciertos se veían con los ojos cerrados, moviendo la cabeza...” Su hermano Richard, guitarrista de Origen, fue uno de los promotores del concierto homenaje tras la muerte de Fito. La banda tenía un segundo bajista femenino, algo inusual en aquellos años. “Era una chica de la familia Millares, Mary Millares, creo recordar”. Origen y luego Brennda, bandas que lograron cierto éxito en Tenerife gracias a los *Rock and Films* que organizaba Paco Dorta. “Aquí compartieron cartel con Teclados Fritos en el único concierto que se hizo en aquella época en el Pérez Galdós (además de Miguel Ríos con su espectáculo del momento).

“Llegué a hablar en un par de ocasiones con él, a través de un amiguete de Peppermint Group, que era compañero de clase mío y que me dejaba asistir a algún ensayo de la banda en San Cristóbal. Fue una conversación de esas de dos o tres personas, sin más. Para mi hermano, que empezaba con la guitarra, Fito era su punto de referencia”.

III

Pero volvamos con Santiago y Los Flinstones. Eran la típica banda de parejas de hermanos que trabajaban por su cuenta hasta que coinciden en algún lugar. La formación base era: Fito a la guitarra, Santi a la batería, Pote cantando, Manolo al bajo (hermano de Pote) y José al órgano (hermano de Santi). Más tarde se incorporan Pepe a la trompeta y Ramón al saxo -durante seis meses en la Península-. La vida de la banda se prolonga de finales del 68 a finales del 70.

Santi está sentado en el sofá de casa, fusilado a plano fijo con la cámara digital sobre el trípode. La luz del ocaso se filtra por las persianas dibujando un paso de cebra en su rostro y vestimenta. El sol pelea con la montaña de Guía. La cerveza parece más naranja que amarilla.

“Mi hermano y yo conocimos a dos chicos, Pote y Manolo, con los que después formamos el grupo. Fue en las Fiestas del Carmen, en un concierto en La Naval. Estábamos viendo a un grupo, y uno de los espectadores se puso unas gafas de alambre. Los que estábamos detrás de él empezamos a conversar y así fue realmente cómo nos conocimos y empezamos lo que fue el grupo. Más adelante metimos a un chico llamado Armando (tocaba la guitarra) y empezamos a ensayar al lado del Rehoyano. Como no teníamos amplificadores, en los ensayos usábamos una radio; el altavoz nos hacía las veces del amplificador.

“Había un local en la calle Alvareda que era de la OJE, donde iban grupos a ensayar. Fito estaba con otro grupo y le conocimos allí. Le ofrecimos venirse a tocar con nosotros. Empezamos a ensayar con él y fuimos a Los Rehoyanos, un club de fútbol que estaba en San Nicolás, en el Risco, en la parte de abajo, justo enfrente de la iglesia. Pero antes de Fito estuvo con nosotros tocando la guitarra un chico llamado Sergio Milán Rivero. Se fue del grupo y entonces llegó Fito. Estuvimos ensayando tres o cuatro meses. Empezamos a preguntarnos qué hacíamos aquí, en Las Palmas; es cierto que éramos conocidos, pero no había campo ninguno, siempre tocando en los mismos cuatro o cinco sitios. Decidimos irnos a la Península. Eso fue entrado el año 69”.

De esa época inicial, con Sergio a la guitarra, recuerda a retazos algunas historias: “Se hizo un festival de música en la iglesia de arriba, en La Isleta, con Sergio Milán a la guitarra todavía. En La Isleta teníamos muchos seguidores, habíamos tocado ya en la parte baja del barrio, en el Zig-Zag.

El otro grupo que tocaba llevaba muchos seguidores también. Total, que cuando empezamos la actuación los seguidores de la otra banda nos empezaron a abuchear. Nuestros seguidores de La Isleta, con El Bandarria y su pandilla al frente, se sacaron el cinto. Y cinto en mano empezaron a amenazar a los sublevados. Aquellos cerraron la boca y no dieron signos de desagrado en todo el concierto.

“Tocábamos en el local parroquial, junto a la iglesia. En esa época tocamos también en El Racing, un club de fútbol. Los Leones estuvieron mucho tiempo tocando allí y cuando se fueron entramos nosotros, tres o cuatro meses, los sábados y los domingos. En una ocasión tocamos junto a Los Leones en la iglesia de Tafira, en una verbena. Recuerdo que se montó un buen pollo. De las discotecas, la más famosa era la *boîte* que había en los bajos del Hotel Fataga. No había representantes, y a la hora de cobrar no ibas a fijo, sino a porcentaje sobre la recaudación de las entradas. No se podía vivir de ello. Si acaso, tocando en el Sur para los extranjeros, pero la música que te hacían tocar no era la que nos gustaba”.

No alcanzo a comprender por qué le cuesta tanto a los músicos de aquellos años recordar quince o veinte temas de los que hacían. Eran grupos de versiones que, como recordaba Paco Toribio (bajista de Nosotros, la otra banda importante de Fito), hacían en realidad nuevos temas, mucho más largos en su desarrollo, pero partían de una base con la que empezaban y a la que volvían al final del tema en cuestión. Con tantas versiones como han hecho, sólo son capaces de recordar tres, cuatro, cinco a lo sumo, de sus títulos. Seguro que tiene una explicación, pero yo no la encuentro. Para entenderlo, a veces me apoyo en esa teoría que mantienen algunos escritores y que tiene un paralelismo en la evolución humana e individual: para inventar el mundo, primero señalamos las cosas con el dedo, luego aprendemos a nombrarlas y, finalmente, a olvidarlas. Es aquí cuando al darnos cuenta de las infinitas posibilidades del olvido apelamos, bien desde nosotros bien desde otros, por primera vez, a la escritura.

“Me cuesta mucho recordar títulos.. Sé que hacíamos temas de Cream, clásicos del soul, de Hendrix... Tocábamos los temas que salían en esa época y los arreglábamos a nuestra manera, a nuestra forma de tocar. Hacíamos conciertos y festivales en el Zig-Zag, El Rehoyano, el cine Avellaneda... Estamos en el año 1968. En los festivales compartíamos cartel en el Avellaneda con Peppermint Group, Los Tipos, Tampox, Los Leones...

De Los Tipos recuerdo a José Antonio, el bajo; Alfredo Santana en los Peppermint; en los Tampox estaba Cristóbal...

“El Tagor era un club para que los grupos fueran a tocar. Tocamos allí dos o tres veces. El dueño era Don Eusebio; le gustaba mucho jugar a las cartas y se jugaba las perras a base de bien. La decoración era sencilla: el escenario con las mesas alrededor y al fondo el bar”.

Sobre los instrumentos que utilizaban y las pintas que llevaban sobre el escenario en aquellos años, Santi recuerda: “La banda era bajo, batería, guitarra y órgano, más la voz de Pote. Fito usaba una Fender, Manolo tenía un bajo también Fender; yo tenía una batería Roger y mi hermano un órgano Vox de dos teclados. En realidad, yo había empezado con una batería pequeña, una Broadway, pero luego me compré la Roger. Cuando salimos de aquí nos hicimos unos trajes como los que llevaban los Beatles -era la moda en aquel momento-. El tipo de trajes de *Hello, Goodbye*, con los galones que llevan los de Liverpool en la foto. Teníamos dos uniformes de esos, ése que te digo y otro. El cantante iba siempre diferente al resto del grupo, generalmente de rojo. Los zapatos con un poco de tacón. Recuerdo que los trajes nos los hizo un sastre de la marina, amigo del padre del cantante. No eran los primeros que nos hacía”.

Santi retoma ese año 69 en el que se van a la Península.

“La única manera de ampliar nuestra fama y sentirnos a gusto era ir a la Península. Cogimos los bártulos, nos metimos en el barco y nos fuimos a Madrid, donde disponíamos de un piso por mediación de los padres de Pote y Manolo. Fuimos a una agencia y buscamos un representante. Don Miguel fue el primero, con la oficina en la Plaza de España. Era el que llevaba a Los Módulos. Tocábamos en Madrid, en pueblecitos, en Ciudad Real, Cuenca, Burgos, Alcázar de San Juan... Montones de sitios. Estuvimos así cerca de dos años. No llegamos a grabar porque teníamos un problema: nuestro estilo de tocar. Hacíamos una música a la que no estaban acostumbrados en la Península. Llegaba el representante y le mostrábamos lo que hacíamos. Siempre nos preguntaban si no teníamos números comerciales, cosas en la onda de lo que hacían Formula V. Lo nuestro no era comercial. Si hubiésemos hecho lo que nos decían los representantes, temas comerciales, ahora seguro que tendríamos grabados varios discos. Éramos fieles a nosotros mismos. Hacíamos composiciones propias o versiones de temas que nos gustaban, y

entonces, en vez de tocarlo como en el disco, lo hacíamos a nuestra manera, improvisábamos algo diferente. Los temas se alargaban con respecto al original, sobre todo por los solos de guitarra.

“En la Península vivíamos de la música; con modestia, pero haciendo lo que nos gustaba. Había alguna temporada sin conciertos, pero generalmente tocábamos dos o tres veces a la semana, y algunas semanas todos los días. Sobre todo en verano, que había muchas fiestas en pueblos. Madrid era para los fines de semana, si bien había salas como El Mónaco que tenían actuaciones todos los días. El Principado, tres días a la semana...”

Hacemos un alto para ordenar el discurso y le pido a Santi que entre a trapo con algo más personal sobre la figura de Fito.

“Te voy a contar una anécdota de los tiempos de Madrid. Los días que no tocábamos nos íbamos a dar un paseo los cuatro. Él, muchas veces no quería salir y nos decía que le llevásemos una botella de vino abocado, vino dulce con vino tinto, y se quedaba con el tocadiscos y la guitarra. Cuando llegábamos a las tres o cuatro horas, nos decía: ‘Mirad lo que he sacado’. Te ponía un disco de Hendrix y te lo hacía clavadito; no un tema, sino el *long play* enterito. Tu escuchabas a Fito con el distorsionador, ponías el disco y parecía exactamente lo mismo.

“Fito podía haber estado en un grupo bastante importante, bastante famoso. Los Canarias se lo querían llevar, y luego, cuando estuvimos de gira con Los Pasos, Los Puntos y Valen, también le deseaban. Estaba a gusto con nosotros y era una persona rara. Además, eso de que le quisieran gobernar o decirle lo que tenía que hacer... A él no le gustaba eso, le gustaba hacer las cosas a su manera y ya está. Él era así. Siempre ha sido así. Fito estuvo dos años con nosotros, desde finales del 68 hasta el 70. Cuando estábamos en Jarandilla de la Vera, Cáceres, él se tuvo que venir a hacer la mili. Llevábamos residiendo allí una temporada, tocando por la zona, y cuando le quedaban dos meses para ir al cuartel fueron a verlo la madre y la hermana. Luego se vinieron todos juntos y nos quedamos los cuatro solos tocando: Manolo, Pote, José -mi hermano- y yo. Pote, que ya había regresado, siguió cantando, pero cogió también la guitarra”.

Por un momento, Santi se embala y empieza a recordar: “Tocando en El Principado, en Madrid, había un par de chicas bailando delante de nosotros, y cuando empezó a tocar Fito se agarraron los pelos y salieron

corriendo, gritando asustadas. Era un máquina tocando; otros músicos y gente del público venían a hablar con él. Fito hacía coros algunas veces, pero el cantante era Pote. Siempre en inglés. Ése fue otro problema para grabar, pero Pote sólo cantaba en inglés. Pote tuvo un accidente y se tuvo que venir. Estaba en el baño ensayando, hacía un frío que te pelas. Al llegar de tocar dejábamos las cosas por el medio y tuvo la mala suerte de que habíamos dejado en el baño la pata de un micrófono, y él, arreglando un bombillo se fue para atrás en la escalera, con tan mala suerte que quedó empalado, se lo clavó. Se perforó hasta el estómago y estuvo grave, a punto de morir. Tuvo que venirse unos cuatro meses a Las Palmas. Así que metimos a un chico que era de Sierra Leona hasta que Pote pudiera regresar”.

Santi, en ese bullir de recuerdos que llegan a su mente y que empiezan a agolparse, va dándoles salida saltando de una cosa a otra, según surgen: “En Madrid había un club bastante famoso, El Mónaco. Hacía un frío tremendo y Fito llevaba un amplificador Marshall al que le dábamos patadas para calentarnos -y no se rompía nunca-. Con aquel frío, estábamos esperando para salir a tocar y nos compramos una botella de coñac. Cuando íbamos a tocar ya estábamos ciegos, sobre todo el cantante que de repente se quita las botas y se queda descalzo. El sitio estaba lleno, más de quinientas personas. Se quita las botas y se sienta encima del ampli. El dueño nos echó una bronca tremenda y no nos quería pagar, decía que hacer aquello era montar escándalo. Otra vez, en Vallecas, fuimos a tocar a un club en el que nos decían que como no gustásemos allí, que tuviéramos cuidado, que nos iban a dar leña. Era en un cine en el Pueblo de Vallecas. Alucina, íbamos con Antonio Machín. Estábamos nerviosos pensando lo que podría pasar si no gustábamos. Al acabar el primer pase -de unos 45 minutos-, todo el mundo, en vez de ir a pedir autógrafos a Machín, venía a pedirnoslos a nosotros. Así que nos inflamamos a firmar. Había gente de todas las edades, jóvenes y mayores. Recuerdo que mi familia de Madrid fue toda a vernos, y también querían ver a Machín, claro. Nosotros estábamos contratados para amenizar y él para hacer su pase. Era muy famoso. Pero resultó que los teloneros firmaron más autógrafos que él. Abríamos nosotros para calentar -amenizar, como se decía-; luego hacía Machín su pase y seguíamos nosotros otra vez para continuar amenizando. No se tocaba más de tres horas en total. Empezaba a las ocho y a las once estaba todo el mundo en casa. Lo que son las casualidades: charlando luego con Machín, resulta que conocía a mi padre, había estado tocando con él”.

Y es que hay otra historia de los hermanos, de la familia Ramos, que no hemos contado. A veces es la rondalla del colegio, el coro de la iglesia, un hermano mayor... Alguien o algo que te lleva al mundo de la música. En el caso de los hermanos Ramos, ese alguien, ese algo estaba en casa. Su padre. “Mi padre tocaba el piano. Estuvo tocando con sus hermanos, Los Barrionuevo, que son conocidos en Gran Canaria. Estuvo tocando también fuera: Italia, Nigeria, Francia... Él hacía música de *cha-cha-cha*, cumbias, música cubana (había nacido en Cuba, pero vino con tres años para Las Palmas de Gran Canaria). Incluso en la última época de Los Flinstones estuvo con nosotros”. Claro que ésa es otra historia en la que no vamos a entrar.

Esto de no pagar a las bandas con cualquier excusa resultaba más habitual de lo que podamos pensar: “Tocamos en Madrid con un grupo que venía a veces a tocar a Canarias, Los Creeds, de Sevilla. Fue una de esas casualidades en las que coincidimos en la misma sala tocando, y al final, después de las actuaciones de cada uno, tocamos los dos grupos juntos, haciendo una *jam*, y formamos tal tenderete que el dueño pilló un cabreo del quince y no nos quería pagar”.

Debido a esa falta de profesionalidad de algunos mánager se dio al traste con la carrera de algunas bandas y eso fue en parte lo que pasó con Los Flinstones. “La gira que hicimos por la zona de Cáceres con Los Puntos, Los Pasos y Valen acabó mal. El mánager de la gira se llevó el dinero y nos dejó tirados. Él hacía la recaudación. Tocamos en el cine de Mérida, luego en otro pueblo, y después en Plasencia. Allí pilló la recaudación y se largó. Se había terminado la gira de Los Flinstones”.

Pero los recuerdos siguen, la historia continúa.

“Tocamos también en La Bombilla y en El Parque de Atracciones. Es más, nos sacaron por la tele pero no nos enteramos. Era un festival presentado por Torrebruno para elegir a Miss Parque de Atracciones. Fue uno de nuestros mejores conciertos, con dos o tres mil personas. Nos movíamos con una furgoneta, creo recordar que era una DKV. Al principio tuvimos varios conductores, pero luego nos hicimos amigos de un transportista que nos llevaba siempre. Era inválido y nos quería mucho. Cuando nos vinimos de vuelta el hombre lloraba de pena. Tocábamos en Ciudad Real o Burgos y regresábamos la misma noche, al terminar de tocar. No podíamos estar pagando hoteles”.

Santi regresa, en sus recuerdos, al final de Los Flinstones en la Península: “Fito se vino a hacer la mili, y nosotros permanecimos allí unos meses más, con Pote cantando y tocando la guitarra. Al final, Fito no hizo la mili porque tenía una lesión de corazón; le dieron por inútil para el servicio. Nosotros seguimos cuatro o cinco meses más, después de lo del manager ladrón. Nos fuimos a Cáceres -mi madre es de Jarandilla de la Vera- y nos quedamos allí. Conocíamos a un chico que sabía de muchos sitios para tocar. Era verano y tenía contactos con salas de Extremadura. Además, iban muchos madrileños de vacaciones y emigrantes de otras zonas. Hicimos Candelera, Jarandilla, Plasencia, Navalmoral de la Mata... Al final del verano, Fito, como he dicho, regresa para hacer la mili. Se va con su madre y su hermana que habían venido a verlo y aprovecharon para pasar una temporada con él.

“Nos vamos a Madrid y alquilamos un piso por la Avenida de Extremadura. Estamos unos cuatro meses tocando, sobre todo en los cines de Carabanchel y por la zona de Avenida de América. Los conciertos eran de tarde noche con dos pases, con pinchadiscos en el medio. Al final de esa etapa regresamos a Canarias. En realidad, al llegar la banda ya estaba disuelta. Ya no tocamos aquí, repartimos los instrumentos. Eran los primeros meses del año 71. Ese mismo año mi hermano y yo nos fuimos a tocar con mi padre a Ibiza. Sonidos más comerciales: *Cándida*, *Yellow River*..., éxitos ingleses de esos años. Tocábamos en El Savin, un sitio al aire libre con jardín. Estuvimos tres meses tocando, todo lleno de pinos. El nombre artístico de mi padre era Héctor Cubaldo, así que nos pusimos, Los Cubaldo. Luego estuvimos dos años tocando en el Hotel Monte Rojo, en San Agustín. Pote estuvo también en Los Cubaldo unos cuatro o cinco meses”.

Santi hace un *flashback* en la historia de Los Flinstones:

“Sergio Milán fue importante en Los Flinstones, antes de Fito. Aunque no tocaba la guitarra como Fito, tenía más ideas a la hora de componer, de crear temas. Cuando él estaba en la banda interpretábamos canciones nuestras, compuestas por nosotros. Él dejó el grupo, era un tipo muy variable, cambiaba continuamente. Por ejemplo, años después Sergio volvió con nosotros, con Los Cubaldo, en el sur de la isla. Conoció a una chica en Las Palmas y no iba a tocar porque nos decía que estaba enfermo. Luego todos los colegas nos decían que estaba de paseo con la novia”.

El sol ha caído casi por completo y la cara de Santi ha quedado liberada de esas barras horizontales de sol y sombra que provoca en él la

persiana. Antes de que se disperse y quiera ver el rayo verde, le sigo apretando un poco, intentando llevarle por mi camino; pero eso es difícil. Ha entrado en un estado de recuerdos parciales que se atropellan en su cabeza y pugnan por salir de forma desordenada, con la fuerza del recuerdo imborrable recién recuperado, como si alguna vez lo hubiera olvidado. Previamente había tenido una conversación con él, de toma de contacto. Se sentía un tanto molesto porque reivindicaba a Fito como miembro de Los Flinstones y no de Nosotros (la banda de Cristóbal Suárez, Paco Toribio...). Creo que Fito quedará ahora algo mejor centrado, pues ambas bandas han sido fundamentales en su historia. Luego se dedicaría, sobre todo, a tocar como artista invitado. Es por ello que Santi aprovecha para reivindicar a Fito y su banda, Los Flinstones.

“Con los Flinstones he tocado más de cien veces, son muchos conciertos. No empezábamos siempre con el mismo tema las actuaciones; dependía de la actualidad y de los temas que íbamos sacando. Preparábamos las versiones entre todos. Primero ensayábamos en el piso, luego alquilamos un local cerca de Torrejón. Pagabas por horas varios días a la semana. No tocamos en la base americana a pesar de que nuestra música pegaba bien allí. En realidad, nosotros no elegíamos o buscábamos los sitios, era el representante el que te hacía el calendario y te decía dónde había que ir a tocar. Cada representante tenía una zona de influencia, unas salas a las que te llevaba. Madrid estaba dividido por zonas y representantes.

“Sacábamos los temas escuchando discos, de oído, pues no había forma de conseguir partituras de Cream o Hendrix. Cada uno escuchaba su parte y luego pactábamos las improvisaciones, los inicios, los solos... Había que hacerlo distinto; para lo otro ya estaba el disco. Pote tenía una voz muy fuerte, pero la matizaba según los temas. Cada uno hacía sus solos en los temas. Yo recuerdo, por ejemplo, el solo de batería en *In-a-gada-da-vida* de Iron Butterfly. Estando allí pusimos en la banda a un trompeta y a un saxo. Así que tuvimos que cambiar un poco el repertorio por ellos. Los cinco sonábamos bien, pero al meterle vientos le dio mucha más fuerza. Esa etapa duró seis meses. Nos dio por hacer más *soul* y decidimos meter, en principio, un trompeta, pero enseguida vimos que un saxo iba muy bien. Hacíamos el *Speening wheels* de BS&T, temas de Chicago, de Wilson Picket y Aretha Franklin... Pusimos un anuncio en el periódico y estuvimos probando a varios. Pepe era el trompeta y Ramón el saxo, uno de Málaga y otro de Barcelona. Madrid era el centro de todo, estaban todos los músicos buscando banda. Lo dejamos porque a la hora de cobrar

no es lo mismo repartir entre cinco que entre siete. Te pagaban lo mismo, independientemente del número de músicos del grupo. Volvimos a como estábamos antes. Llevábamos siete u ocho meses ya en la Península cuando entraron en la banda y, tras otros tantos, volvimos a la antigua formación. Tocábamos en La Madriguera, en El Pardo. Era una discoteca que se llenaba de gente de dinero. Allí nos salían ligoteos, casi *groupies*'.

Santi ha soltado casi todo lo que le ha ido pasando por la cabeza. Al principio le costaba recordar, pero enseguida han ido apareciendo un montón de recuerdos que ha ido entremezclando. Los últimos rayos solares iluminan la tarde. Quiero que regrese, como en un pase hipnótico a lo Charcot, a Fito; que intente contarnos alguna historia personal de él, un poco el origen de toda esta historia. La segunda cerveza ya está acabada y no quiere una tercera; todo indica que la sesión está a punto de terminar. Tiro un poco más de él aprovechando que todavía quedan unos minutos para ver el rayo verde.

“Volviendo a Fito y su forma de tocar la guitarra, recuerdo que, a lo mejor, Fito estaba en otra habitación del piso de Madrid. Tocando la guitarra con el *wah wah*, nos decía lo que quería y le entendíamos a la perfección. Cuando tocaba con el *wah wah* parecía que estaba hablando. Por Cáceres, cuando no tocábamos en plan grupo, cogía la guitarra y se ponía a tocar boleros. La gente estaba encantada. Cantaba bastante bien. Le gustaba mucho cantar esa canción de ‘*Siéntate a mi lado, tómate una copa...*’ Cuando yo iba a la Península y coincidía con gente de aquellos días, siempre me preguntaban por él. ‘¿Qué tal todos? Y Fito, ¿qué tal?’ Ya sabes que él murió en el año 84, en enero del 84.

“En el escenario siempre estaba quieto, con la cabeza hacia delante, y como tenía el pelo largo, le tapaba la cara. Parecía a veces que estaba dormido con la guitarra. Todos llevábamos el pelo muy largo. Pote lo tenía como Hendrix, muy rizado, abultando mucho. Íbamos en Madrid en el metro y al ver nuestras pintas empezaban a santiguarse. Pero nunca tuvimos problemas con la poli, no éramos folloneros. Una vez llegamos a tocar a un pueblo en Semana Santa y había una procesión. Tenía un recorrido que incluía pasar por la calle por la que estábamos, pero al ver nuestras pintas tiraron por otra calle para no toparse con nosotros. Regularon un poco y se fueron por otra calle.

“Yo me entero de la muerte de Fito por Manolo, que era el que más contacto tenía con él una vez aquí. Pote también, sobre todo porque vivían muy cerca de Pio XII. Fuimos al entierro. Él estaba mal; ya había estado dos veces en el sanatorio por una lesión de pulmón y otra de corazón. Murió de tuberculosis. Fumaba mucho y bebía mucho. Tomaba alguna cosilla. Nosotros no hemos sido de tomar drogas. Alguna vez, ellos tomaban pastillas para adelgazar, *Bustai*. El hachis no era todavía muy habitual, pero alguna vez Pote y él se fumaban algún canuto. El resto, nada. Recuerdo que estábamos tocando en la Sala América y estaban por allí Vicente Ferrer, que estuvo tocando la guitarra con Los Tipos, y también otro de los componentes de Oder, un tío que se parecía a John Lennon. En la Sala América se ponían en el camerino a pegarse el canuto a escondidas, porque si venía el dueño no veas qué follón...”

IV

Domingo me habla de los dos discos. De ese batallar personal en el que el creador se las tiene que entender, él solito, con todo. Crear, mezclar, producir, editar, distribuir... Poner al Archipiélago en la vanguardia de los sonidos actuales como lo hacían los artistas hace dos siglos. Su labor se reconocerá tarde o temprano, seguro, pero por ahora es su propio mecenas. Alguien, desde un púlpito improvisado, dentro de unos años, dirá que la música electrónica del Archipiélago está entre las mejores del mundo.

Tras sus anteriores entregas en solitario y el recopilatorio *Extraños en el Paraíso*, Domingo, Ruin Man, ataca de nuevo con dos entregas paralelas, y no es la primera vez. Ya lo hizo con *Canelo* y *Quarentech*.

Seguimos hablando. El paseo de Las Canteras a la altura de Peña la Vieja. El trajín de fin de semana, gente que va y viene. Ríos de gente. Me cuenta que están a punto de llegar sus nuevos discos: su tercera entrega como Ruin Man, *Punkamore*, y la segunda como Starqui, *Fear of fear* (que será la última). El Gabinete Literario seguirá siendo el lugar habitual de presentación de sus trabajos.

V

Fito murió el 26 de enero de 1984, a los 34 años de edad, de una enfermedad pulmonar, tuberculosis, que arrastraba desde hacía años. Diego Talavera le dedicará, al día siguiente, en la contraportada de La Provincia, justo en la zona dedicada a las esquelas, una nota de despedida. Remarcada en un cuadrado grueso, negro, casi como una esquela. La reproduzco a continuación, para dejar en *stand by* esta segunda parte de una historia que volverá, sin duda, a reiniciarse en cualquier momento.

“FITO: PAVANA PARA UN GUITARRISTA DE ROCK”

“El guitarrista Fito, uno de los más sorprendentes músicos en la historia del rock canario, falleció ayer, a la edad de 34 años, a causa de una grave recaída que sufrió después de una larga lesión pulmonar que marcó toda su vida. Fito -su nombre era Adolfo Pareja- recibirá hoy sepultura en el cementerio de San Lázaro, a las diez de la mañana.

“Fito se nos va, precisamente cuando el rock está sufriendo una grave crisis de creación. Él era un rockero puro, jamás hizo concesiones al preciosismo y siempre odió a todos aquellos que, de alguna manera, obtenían unos buenos dividendos a costa de una música que era reflejo de los cambios que se fueron produciendo en los años sesenta. Porque Fito era el prototipo clásico del rockero de la década prodigiosa, en donde tocar lo que sentía era lo importante. Quizás por este motivo siempre estaba incómodo en un grupo musical, porque entre sus componentes había siempre el elemento que trataba de imponer sus criterios por encima de todo. Y él no estaba dispuesto a aceptarlo, como jamás trató de influir en aquellos que le rodeaban.

“La verdad es que la vida de Fito tenía ribetes de leyenda mágica. Aparecía y desaparecía cuando menos lo pensabas. Muchas veces, en recitales de rock, aparecía él solito con su guitarra y subía al escenario a compartir con todos unos momentos inolvidables. Porque él no tocaba la guitarra, sino la acariciaba, la amaba cuando la tenía entre sus manos y nos quedábamos boquiabiertos, al comprobar su capacidad para comunicarse a través del sonido.

“Muchas veces intenté entrevistarle distendidamente, incluso profundizando en su forma de ser y sentir la vida. Y siempre fueron evasivas. Posiblemente sabía que era un ser que predicaba en el desierto, que sus

esquemas -en los que él seguía creyendo- ya no tenían un hueco en esta sociedad y que ambos íbamos a perder un tiempo precioso.

“Fito no llegó a ser una superestrella del rock, ni nunca lo pretendió. Pero a nadie se le escondían las inmensas posibilidades que poseía para llegar a serlo. Fue una persona admirada y será recordada por aquellos que le conocieron. Por eso no hay que decirle hasta luego, sino ¡hasta siempre!”

El concierto homenaje se celebrará el domingo once de marzo, a las doce de la mañana en el Terrero de Lucha del López Socas. Es el día del Entierro de La Sardina, el fin del Carnaval. Coincidencias de la vida. Algunos músicos con los que he hablado llegaron de amanecida, sin dormir, disfrazados después de la última noche de juega del Carnaval. Así que sus recuerdos están dominados por cierta neblina etílica. En el escenario estuvieron Amalgama, Brenda, D’ Dacord, Electric Pantuflas, Hermanos Brothers, José Carlos Díaz con su grupo, Mickey’s Dancing Band, Prana, United y Xercos. Al menos eso es lo que anunciaba el cartel del concierto. En los días posteriores no aparece ninguna reseña del concierto. Ningún periódico lo cubrió. Todo lo que he podido encontrar ha sido el cartel del concierto publicado en La Provincia dos días antes. Lo edita el Club Privado MC Donald (Los Martínez de Escobar, 36) para sumarse al acto.

Y como también reza en el cartel, se sortearía una guitarra acústica Ibáñez. Esa guitarra que todavía hoy utiliza su ganador, Domingo Alemán.

VI

Salimos de casa y caminamos por Las Canteras camino del parking. El sol se pone tras la montaña de Guía. Vuelvo a la carga en ese intento imposible de nombrar temas, de ponerle título a las canciones. A Santi le debe dar en la frente el rayo verde, sin que él se de cuenta, claro. Le ilumina justo lo que dura un rayo: “Sí, los Cream, ahora recuerdo aquel principio con dos guitarrazos del *White room*... Sí, sí, también hacíamos algún tema de la Creedence.”

Eso es todo amigos. Por ahora.

Polvo de estrellas que se difumina a toda velocidad por el cosmos. La aventura Fito continúa



The Flintstones.



Flyer de la época del grupo.